

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Me avisó Tere que ahora sí, la semana que viene, se termina la terapia de Mateo. Casi tres años de tratamiento que ahora llega a un feliz término: no sólo se acaba, sino que se acaba bien.

Aunque yo no soy la paciente, estoy contenta de acabar un proceso que a mí también me involucró y que a mí también me resultó difícil y doloroso. De alguna manera acompañé a mi niño de siete, ocho y nueve años no sólo cada miércoles, esperando en el coche mientras duraba la sesión, sino todos los días y todas las noches, a través de todos sus-nuestros esfuerzos y de todos sus-nuestros miedos.

Cuando nos separamos mi marido y yo, Mateo empezó a tartamudear. Era muy chiquito. Mariana y Tomás podían ya, inocentes, preguntar, decir, enojarse, reclamarnos. Mateo no. Aparentemente no se percató. Pero se atragantaba con las palabras. Pasaron como dos años en los cuales yo estaba demasiado ocupada en reubicarme por dentro y por fuera, y Mateo seguía tartamudeando. El, que a los dos años hablaba perfectamente, no podía darse a entender. Y se desesperaba él, y me desesperaba yo, y toda la familia, y total que fuimos a una sesión de terapia familiar. Allí nos recomendaron un tratamiento de orientación psicoanalítica para Mateo. Evidentemente, toda la familia estaba metida en la bronca, pero en ese momento le convenía a Mateo una terapia para él solito.

Y solito y valiente ha luchado con todas sus fuerzas. Empezó a ir un niño pequeño, tartamudo y asustado. Inseguro. Que no podía con sus maestras-sargentos. Que no podía con sus papás, rotos y culposos. Que no podía con la tremenda lucha con sus hermanos mayores.

Hoy, ya no tartamudea nada. Hoy no para de hablar como perico. Hoy es el más famoso de su salón, tiene buenos amigos y va bastante bien en la nueva escuela. Hoy toca el piano, inventando cosas. Hoy es un niño que crece seguro y divertido.

¿Y el hada madrina que logró todo esto? Cuando ella me avisó que ya estaban al final, me sentí un poco triste, como Mateo. Y me dieron ganas de llevarle un gran regalo, o de hacerle una fiesta, o algo hacerle de mucho cariño y de mucho agradecimiento.

Pero cómo agradecerle. Le pagué la terapia, pero esto es un decir, porque siempre se portó muy decente al cobrar cuando vio que no teníamos mucho dinero. Pero, lo mismo que a mi otra bruja, Marta, mi

querida analista, ¿cómo carajos paga una eso que no tiene precio, esa reparación de las entretelas del corazón, ese devolverle la fortaleza, esa recuperación de uno mismo?

No dejo de sentirme privilegiada por haber podido encontrar a una mujer tan lista, tan solícita, tan capaz y tan honesta. Porque Dios nos libre de toda esa bola de rateros, charlatanes o, por lo menos, incapaces, que pululan por ahí quesque con sus títulos de psicoanalistas.

Qué mavarilla poder delegar, en alguien confiable, eso que es lo que más nos puede doler a las madres, esa preocupación impotente cuando ves al hijo de tus entrañas trabado o vencido por una angustia que ni entiendes ni le puedes quitar. Qué padrísimo tener alguien que te ayude a cargar con su espíritu, alguien que, cuando en la noche el niño tiene miedos horribles, y tú también, sabes que te va a ayudar a vencerlos. Sabes que el miércoles tiene sesión. Alguien que es tu cómplice, que está de tu lado, que no te deja sola en esa horrible perfección de madre, supuestamente responsable de que los niños sean sanos del cuerpo y *del alma*.

Todas las madres, así como tenemos guarderías o pediatras, deberíamos tener un ángel de la guarda como Tere Fabre. Cuántas veces una no sabe qué hacer, peor que si tuvieran cuarenta de calentura, cuando nuestros hijos están invadidos de fantasmas. Y mucho más cuando una está divorciada. Sabemos que eso *siempre* les afecta, y nosotros *siempre* nos sentimos culpables. Y Tere, durante las dos o tres sesiones que tuvo con toda la familia, nos hizo revisar y reordenar las relaciones de todos con todos, nos hizo tartamudear a todos, muertos de la risa, nos hizo refrescarnos con un aire nuevo y alivianador. Nos hizo partícipes cariñosos, pero nos descargó de todas las culpas.

Algún día voy a poder platicar con Mateo de todo esto. Y le voy a poder decir mi enorme admiración por el valor de enfrentarse a un psicoanálisis a los 7 años.

Y a Tere, copilota maestra en esa *máquina del tiempo*, le voy a tratar de decir todo esto el viernes, querido diario. Tartamudeando. *Jm*

